

Biopolítica/Bioeconomía

Maurizio Lazzarato



Texto ofrecido por **LOS DISCURSOS PELIGROSOS EDITORIAL**

(Factoría no-económica de herramientas críticas)

www.pedrogarciaolivoliteratura.com

¿Contribuyeron en algo para hacer más inteligible la lógica liberal los apasionados debates sobre el “liberalismo” durante la campaña europea para el referendo? Al leer los dos cursos de Michel Foucault recientemente publicados, *Sécurité, territoire, population et Naissance de la biopolitique*, bien se puede dudar de lo anterior. Al trazar una genealogía y una historia del liberalismo, estos libros inauguran una lectura del capitalismo que

difiere tanto del marxismo, como de la filosofía política y de la economía política, en particular, en lo que se refiere a la relación entre economía y política, y el tema del trabajo. Foucault introduce una notable novedad en la historia del capitalismo: el problema de la relación entre economía y política se resuelve mediante técnicas y dispositivos que no proceden ni de la política, ni de la economía. Y se trata entonces de interrogar precisamente este “fuera”, este “otro”. El funcionamiento, la eficacia, la fuerza de lo político y de la economía, tal como los conocemos actualmente, no se derivan de las formas de racionalidad internas de esas lógicas, sino de una racionalidad externa a ellas y que Foucault llama el “gobierno de los hombres”. El gobierno es una “tecnología humana” que el Estado moderno heredó de la pastoral cristiana (técnica específica que no se encuentra ni en la tradición griega, ni en la tradición romana), y que el liberalismo adaptó, modificó, enriqueció, transformó de gobierno de las almas a gobierno de los hombres. Gobernar puede traducirse con la pregunta: ¿Cómo conducir la conducta de los demás? Gobernar es ejercer una acción en acciones posibles. Gobernar consiste en actuar en sujetos que deben ser considerados libres. Foucault ya había hablado de gobierno para explicar los dispositivos de regulación y control de los enfermos, los pobres, los delincuentes o los locos. En esta genealogía del liberalismo, se echa mano de la teoría de los micro-poderes para explicar los fenómenos masivos de la economía, con importantes innovaciones. La macrogubernamentalidad liberal sólo es posible porque ejerce sus micropoderes en una multiplicidad. Ambos niveles son inseparables. La teoría de los micropoderes es una cuestión de método, de punto de vista y no de escala (el análisis de poblaciones específicas como los locos, los prisioneros, etcétera).

Economía y política

¿Por qué la relación entre economía y política se vuelve problemática a mediados del siglo XVIII? Foucault lo explica así: el arte de gobernar del soberano debe ejercerse en un territorio y en sujetos de derechos, pero este espacio está habitado desde el siglo XVIII por sujetos económicos que no poseen derechos, pero

que sí tienen intereses. El homo economicus es una figura absolutamente heterogénea y no puede sobreponerse, no puede reducirse al homo juridicus o al homo legalis. El hombre económico y el sujeto de derechos dan lugar a dos procesos de constitución absolutamente heterogéneos: el sujeto de derechos se integra al conjunto de sujetos de derechos mediante una dialéctica de la renunciación. La constitución política supone, en efecto, que el sujeto jurídico renuncie a sus derechos, que los transfiera a alguien más. El hombre económico se integra, por su parte, al conjunto de sujetos económicos (constitución económica), no mediante una transferencia de derechos, sino mediante una multiplicación espontánea de intereses. Uno no renuncia a su interés. Al contrario, al perseverar en su interés egoísta, existe multiplicación y satisfacción de las necesidades de todos. El surgimiento de esta irreductibilidad de la economía a la política dio lugar a un increíble número de interpretaciones. Desde luego, este problema es el centro del trabajo de Adam Smith, ya que se encuentra histórica y teóricamente en esta coyuntura. Y es a esta coyuntura a la que, desde hace siglos, vuelven constantemente todos los comentarios. Para Adelino Zanini, quien quizás resume de la manera más completa este debate, Smith no es el fundador de la economía política, sino el último filósofo moral que intenta determinar la razón por la cual tanto lo ético como lo económico y lo político ya no coinciden, ya no constituyen un conjunto coherente y armonioso. Según Zanini, Adam Smith llega a la siguiente conclusión: la relación entre economía y política no puede ni resolverse, ni homologarse, ni totalizarse, y deja la solución de este enigma para la posteridad... que no siguió realmente el camino que él había trazado. Para Hannah Arendt, la economía política introduce la urgencia, la necesidad, el interés privado (oikos) en el espacio público, es decir, todo lo que la tradición clásica griega y romana definía como no político. De esta forma es como la economía, al ocupar la esfera pública, deteriora de manera irreversible lo político. Para Carl Schmitt, la lógica de la economía política es un factor de despolitización y neutralización de lo político porque la lucha a muerte entre enemigos se transforma en competencia entre hombres de negocios (los burgueses), porque el Estado se transforma en

sociedad, y la unidad política del pueblo en multiplicidad sociológica de consumidores, trabajadores y empresarios. Si bien es cierto que para Hannah Arendt la economía es la tradición clásica que la economía vuelve inoperante, también lo es que para Schmitt, es la tradición moderna del derecho público europeo. Para Marx, la división entre el Burgués (sujeto económico) y el Ciudadano (sujeto de derechos) es una contradicción que debe interpretarse de manera dialéctica. El Burgués y el Ciudadano se encuentran dentro de una relación de estructura a superestructura. La realidad de las relaciones de producción se aleja en los horizontes de la política, mistificándolos. La revolución es la promesa de reconciliación de este mundo dividido. Foucault propone una solución absolutamente original. En primer lugar, la relación entre estos diferentes ámbitos, el político, el económico y el ético ya no puede remitirnos a una síntesis, a una unidad con la que aún sueñan, de manera distinta, Schmitt, Arendt y Marx. En segundo lugar, ni la teoría jurídica, ni la teoría económica, ni la ley ni el mercado son capaces de conciliar esta heterogeneidad. Se requiere un nuevo ámbito, un nuevo campo, un nuevo plano de referencia que no será ni el conjunto de los sujetos de derechos, ni el conjunto de los sujetos económicos. Unos y otros sólo serán gobernables en la medida en que se pueda definir un nuevo conjunto que los recubra a todos, mostrando no sólo su relación o su combinación, sino también toda una serie de elementos e intereses distintos. Para que la gubernamentalidad conserve su carácter global, para que no se separe en dos ramas (arte de gobernar económicamente y arte de gobernar jurídicamente), el liberalismo inventa y experimenta un conjunto de técnicas (de gobierno) que se ejercen en un nuevo plano de referencia y al que Foucault llama la “sociedad civil”, la “sociedad” o lo “social”. La sociedad civil no es aquí el espacio donde se fabrica la autonomía con respecto al Estado, sino la correlación de las técnicas de gobierno. La sociedad civil no es una realidad primera e inmediata, sino algo que forma parte de la tecnología moderna de la gubernamentalidad. La sociedad no es ni una realidad en sí misma, ni algo que no existe, sino una realidad de transacción, del mismo modo que lo es la locura o la sexualidad. En el cruce de las relaciones de poder y de lo que sin cesar escapa a su

competencia, nacen las realidades de transacción que, en cierto modo, son una interfaz entre gobernantes y gobernados. Y es en este cruce, en el manejo de esta interfaz, en el que se constituye el liberalismo como arte de gobernar. En este cruce nace la biopolítica. Para Foucault, el homo economicus no es, pues, el átomo de libertad insecable frente al poder soberano, no es el elemento irreductible al gobierno jurídico, sino “un cierto tipo de sujeto” que permitirá que un arte de gobernar se limite, se ajuste según los principios de la economía, y defina una manera de “gobernar lo menos posible”. El homo economicus es la contraparte, el frente a frente, el elemento de base de la nueva razón gubernamental que se formula a partir del siglo XVIII. Así pues, el liberalismo no es, en primera instancia, una teoría económica propiamente dicha, ni tampoco una teoría política, sino un arte de gobernar que asume el mercado como una prueba, como instrumento de inteligibilidad, como verdad y medida de la sociedad. Se debe entender por “sociedad” el conjunto de relaciones jurídicas, económicas, culturales, sociales, etcétera, tejidas por una multiplicidad de sujetos. Y por “mercado”, no hay que entender “mercantilización”. Para Foucault, el siglo XVII no marca la entrada en el primer libro de *El capital*, con la enajenación y la transformación de las relaciones de los hombres en cosas determinadas por el intercambio de mercancías, el secreto que habría que arrancar a estas últimas, etcétera. El mercado no está definido por el instinto de intercambiar del hombre. Tampoco se trata del mercado del que habla Braudel que, como tal, jamás sería reductible al capitalismo. Por “mercado” siempre hay que entender, no tanto igualdad del intercambio, sino más bien competencia e inequidad. Aquí, los sujetos no son comerciantes, sino empresarios. Así pues, el mercado es el de las empresas y de su lógica diferencial y desigual.

El liberalismo como gobierno de los dispositivos de poder heterogéneos

Foucault explica las modalidades de funcionamiento de la racionalidad gubernamental también de manera original. Esta no funciona según la oposición de la regulación pública (Estado) y

de la libertad del individuo que emprende, sino más bien según una lógica estratégica. Los dispositivos jurídicos, económicos y sociales no son contradictorios, sino heterogéneos. Para Foucault, heterogeneidad significa tensiones, fricciones, incompatibilidades mutuas, ajustes exitosos o malogrados entre estos distintos dispositivos. Algunas veces, el gobierno aplica un dispositivo contra otro, otras veces se apoya en uno, a veces en el otro. Nos vemos confrontados a una especie de pragmatismo que siempre tiene como medida de sus estrategias el mercado y la competencia. La lógica del liberalismo no busca rebasar, en una totalidad reconciliada, las diferentes concepciones de la ley, de la libertad, del derecho, del proceso que implican los dispositivos jurídicos, económicos y sociales. La lógica del liberalismo se opone, según Foucault, a la lógica dialéctica. Esta última valoriza términos contradictorios en un elemento homogéneo que promete resolverlos en una reconciliación. La lógica estratégica tiene la función de establecer las posibles conexiones entre términos dispares, y que siguen siendo dispares. Foucault describe una política de la multiplicidad que se opone tanto a la primacía de la política reivindicada por Arendt y por Schmitt, como a la primacía de la economía de Marx. Al principio totalizador de la economía o de lo político, Foucault lo substituye con la proliferación de dispositivos que constituyen otras tantas unidades de consistencia, grados de unidad que cada vez son contingentes. A los sujetos mayoritarios (sujetos de derechos, clase obrera, etcétera), los substituye con los sujetos “minoritarios”, que operan y constituyen lo real mediante la disposición y la adición de trozos, pedazos, partes cada vez más singulares. La “verdad” de estas partes no se encuentra en el “todo”, ni en el político, ni en el económico. A través del mercado y de la sociedad se despliega el arte de gobernar, con una capacidad cada vez más fina de intervención, de inteligibilidad, de organización de todas las relaciones jurídicas, económicas y sociales, desde el punto de vista de la lógica de la empresa.

Población/clases

El gobierno se ejerce siempre en una multiplicidad a la que Foucault llama, en el lenguaje de la economía política, “población”. Para Foucault, el gobierno como manejo global del poder siempre ha tenido como objeto la “multitud”, y las clases (sujetos económicos), los sujetos de derechos y los sujetos sociales forman parte de esta. En el análisis del capitalismo, la línea de discriminación se establece entre técnicas y conocimientos que tienen como objetivo la multiplicidad-población, y otras que tienen como objetivo las clases. Desde el inicio del capitalismo, el problema de la población fue pensado en términos de bioeconomía, cuando Marx había intentado soslayar a la población (la “multitud”, en el lenguaje del poder) y extirpar la noción misma, para encontrarla en una forma no ya bioeconómica, sino histórico-política, de la confrontación de clases y de la lucha de clases. La población debe tomarse en cuenta desde un doble aspecto. Por un lado, se trata de la especie humana y sus condiciones de reproducción biológicas (regulación del nacimiento y la mortalidad, manejo de la demografía, riesgos ligados con la vida, etcétera), económicas y sociales pero, por el otro, es lo Público, la Opinión pública. Los economistas y los publicistas nacen, en efecto, en el mismo momento, como lo anota Foucault. Desde el siglo XVIII el gobierno intenta actuar en la economía y en la Opinión. La acción del gobierno se extiende, pues, del arraigo sociobiológico de la especie hasta la superficie de agarre que el Público ofrece, como otros tantos dispositivos de poder –y no como “aparatos ideológicos de Estado”. De la especie a los públicos, tenemos todo un campo de realidades nuevas, de nuevas maneras de actuar en los comportamientos, en las opiniones, en las subjetividades, para modificar las maneras de decir y hacer de los sujetos económicos y de los sujetos políticos.

Disciplina y seguridad

Aún tenemos una visión disciplinaria del capitalismo cuando, según Foucault, los que tienden a prevalecer son los dispositivos de seguridad. La tendencia que se afirma en las sociedades occidentales viene de lejos, de la *Polizeiwissenschaft*, es la de la sociedad de seguridad que engloba, utiliza, explota, perfecciona

sin suprimirlos, los dispositivos disciplinarios y de soberanía, según la lógica estratégica de la heterogeneidad. Es necesario hacer una distinción entre disciplina y seguridad. La disciplina encierra, establece límites y fronteras, mientras que la seguridad garantiza y se hace cargo de la circulación. La primera impide, la segunda permite hacer, incita, favorece, solicita. La primera limita la libertad, la segunda es fabricante, productora de libertad (libertad de empresa o del individuo empresario). La disciplina es centrípeta, concentra, encierra; la segunda es centrífuga, amplía, integra sin cesar nuevos elementos en el arte de gobernar. Veamos el ejemplo de la enfermedad. La enfermedad puede tratarse ya sea en forma disciplinaria, ya sea siguiendo la lógica de la seguridad. En el primer caso (el de la lepra), se intenta eliminar el contagio separando a los enfermos y a los no enfermos, encerrando y aislando a los primeros. Los dispositivos de seguridad, a la inversa, apoyándose en nuevas técnicas y nuevos conocimientos (la vacunación), toman en cuenta a toda la población sin discontinuidad alguna, sin ruptura entre enfermos y no enfermos. A través de las estadísticas (otro conocimiento indispensable para los dispositivos de seguridad), se dibuja una cartografía diferencial de la normalidad calculando el riesgo de contagio para cada rango de edad, para cada profesión, para cada ciudad y, dentro de cada ciudad, para cada barrio. Se obtiene así un cuadro que describe las diferentes curvas de normalidad a partir de la identificación de los riesgos. La técnica de seguridad intenta acercar las curvas más desfavorables, las más desviadas, a la más normal. Así pues, nos vemos confrontados a dos técnicas que producen dos tipos de normalización distintos. La disciplina reparte los elementos a partir de un código, de un modelo, de una norma que determina lo permitido y lo prohibido, lo normal y lo anormal. La seguridad es un manejo diferencial de las normalidades y de los riesgos, que no considera ni buenos ni malos, sino un fenómeno natural, espontáneo. Dibuja una cartografía de esta distribución, y la operación de normalización consiste en hacer actuar a las diferenciales de la normalidad unas con respecto a las otras. “Mientras que la soberanía capitaliza un territorio, mientras que la disciplina construye un espacio y plantea como problema esencial una distribución jerárquica y

funcional de los elementos, la seguridad construirá un entorno en función de los acontecimientos o de las series de eventos posibles, series que habrá que regular en un marco polivalente y transformable.” La seguridad interviene en posibles eventos y no en hechos. Remite a lo aleatorio, a lo temporal, a lo que está ocurriendo. A diferencia de la disciplina, la seguridad es una ciencia de los detalles. Las cosas de la seguridad son cosas de cada instante, mientras que las cosas de la ley son definitivas, permanentes e importantes.

Vitalpolitik

Foucault relativiza la potencia “ontológica” espontánea de la empresa, del mercado y del trabajo, la fuerza constitutiva de los sujetos “mayoritarios” (empresarios y trabajadores). En lugar de hacer de estos las fuentes de la producción de la riqueza (y de la producción de lo real), como lo hacen los marxistas de manera especular, o como lo hace la economía política, muestra que son más bien los resultados de la acción de un conjunto de dispositivos los que activan, solicitan, hacen actuar a la “sociedad”. Empresa, mercado y trabajo no son potencias espontáneas: el gobierno liberal debe hacerlas posibles, hacerlas existir. El mercado, por ejemplo, es un regulador económico y social general, pero no por ello es un mecanismo natural que se pudiera encontrar en la base de la sociedad, como lo piensan los marxistas y los liberales clásicos. Al contrario, los mecanismos del mercado (los precios, las leyes de la oferta y la demanda) son frágiles. Hay que crear cada vez las condiciones para hacer que funcionen. La gubernamentalidad asume el mercado como lo que limita la intervención del Estado, pero no es para neutralizar sus intervenciones, es para recalificarlas. La relación entre Estado y mercado es muy clara en la teoría y la práctica de los ordoliberales alemanes. Las intervenciones liberales pueden ser tan numerosas como las intervenciones keynesianas (“La libertad del mercado requiere una política activa y extremadamente vigilante”), buscan en realidad otra cosa y tienen otro objetivo. Estas intervenciones tienen como finalidad la posibilidad del mercado. El objetivo es el de hacer posible la competencia, la

acción de los precios, el cálculo a partir de la oferta y la demanda, etcétera. No se trata de intervenir en el mercado, sino por el mercado, dicen los ordoliberales. No hay que intervenir en el mercado, ya que es el principio de inteligibilidad, el lazo hacia la veridicción, la medida. ¿En qué se va a intervenir entonces? Según los liberales alemanes, hay que actuar en los datos que no son directamente económicos, sino que constituyen las condiciones de una posible economía de mercado. El gobierno debe intervenir en la sociedad misma, en su tejido y en su espesor. La “política de la sociedad”, como ellos la llaman, debe hacerse cargo y tomar en cuenta los procesos sociales para dar cabida, en su seno, a un mecanismo de mercado. Para que el mercado sea posible, se debe actuar en el marco general: en la demografía, en las técnicas, los derechos de propiedad, las condiciones sociales, las condiciones culturales, la educación, las regulaciones jurídicas, etcétera. El pensamiento económico de los liberales, para hacer posible el mercado, lleva a pensar en una política de la vida (Vitalpolitik): “...una política de la vida, que no esté orientada esencialmente, como una política social tradicional, hacia el aumento de los salarios y hacia la reducción del tiempo de trabajo, sino que tome conciencia de la situación vital global del trabajador, su situación real, concreta, desde la mañana hasta la noche, de la noche hasta la mañana.” Al parecer, la “tercera vía” de Tony Blair se inspira en este liberalismo continental, más que en el neoliberalismo estadounidense.

El trabajo y los trabajadores

Del mismo modo en que hay que “pasar al exterior del mercado”, también hay que pasar “al exterior” del trabajo para captar su “potencia”. Y pasar al exterior significa pasar por la “sociedad” y la “vida”. Para “hacer posible” el trabajo, el gobierno liberal debe invertir la subjetividad del trabajador, es decir, sus elecciones, sus decisiones. La economía debe transformarse en economía de las conductas, economía de las almas (¡la primera definición del gobierno de los Padres de la Iglesia vuelve a ser actual!). Los neoliberales estadounidenses hacen una crítica paradójica a la economía política clásica, en particular, a Smith y a Ricardo. La

economía política siempre ha indicado que la producción depende de tres factores de producción (la tierra, el capital y el trabajo) pero, en estas teorías, “el trabajo siempre ha quedado inexplorado”. Por supuesto, según Foucault, se puede decir que la economía de Adam Smith empieza por una reflexión sobre el trabajo, en la medida en que esta última es la clave del análisis económico, pero la economía política clásica “jamás ha analizado el trabajo en sí mismo o, más bien, se ha dedicado a neutralizarlo sin cesar y a neutralizarlo tratando de asimilarlo exclusivamente al factor tiempo.” El trabajo es un factor de producción aunque en sí mismo sea pasivo, y sólo encuentra uso y actividad gracias a un cierto factor de inversión. Esta crítica también es válida para la teoría marxista. ¿Por qué los economistas clásicos, como lo es Marx, paradójicamente neutralizaron el trabajo? Porque su análisis económico se resume en el estudio de los mecanismos de la producción, del intercambio y del consumo, dejando así escapar las modulaciones cualitativas del trabajador, sus elecciones, sus comportamientos, sus decisiones. Los neoliberales quieren, al contrario, estudiar el trabajo como conducta económica, pero como conducta económica practicada, puesta en obra, racionalizada, calculada por el que trabaja. Es la teoría del “capital humano”, elaborada entre los años 1960 y 1970, y que Foucault utiliza para ilustrar este paso, esta profundización de la lógica del gobierno. Desde el punto de vista del trabajador, el salario no es el precio de venta de su fuerza de trabajo. Es un ingreso. ¿Y un ingreso de qué? De su capital, es decir, de un capital humano indisociable de quien lo posee, un capital que es uno con el trabajador. Desde el punto de vista del trabajador, pues, el problema es el del crecimiento, la acumulación, el mejoramiento de su capital humano. Formar y mejorar el capital, ¿qué quiere decir eso? Hacer y manejar inversiones en la educación escolar, la salud, la movilidad, los afectos, las relaciones de todo tipo (el matrimonio, por ejemplo), etcétera. En realidad, no se trata de un trabajador en el sentido clásico del término (Marx), ya que el problema es el del manejo del tiempo de la vida de un individuo y no solamente el manejo de su tiempo de trabajo. Y ello, a partir del nacimiento, ya que sus futuras capacidades dependen también de la cantidad de afectos que sus

padres le dan, que él capitaliza en ingresos y los padres en “ingreso psíquico”. Para transformar al trabajador en empresario y en inversionista, resulta necesario, pues, “pasar al exterior” del trabajo. Las políticas culturales, sociales, educativas definen los marcos “amplios y móviles” dentro de los cuales evolucionan los individuos que eligen. Y las elecciones, las decisiones, las conductas, los comportamientos son eventos, series de eventos que precisamente se trata de regular mediante dispositivos de seguridad. Se pasa del análisis de la estructura, del proceso económico, al análisis del individuo, de la subjetividad, de sus elecciones y de las condiciones de producción de su vida. ¿A qué sistema de racionalidad debe obedecer esta actividad de elección? A las leyes del mercado, al modelo de la oferta y la demanda, al modelo de costos/inversiones que están generalizados en el cuerpo social entero, para hacer de ello “un modelo de relaciones sociales, un modelo de la existencia misma, una relación del individuo consigo mismo, con el tiempo, el entorno, el futuro, el grupo, la familia, en el sentido en que la economía es el estudio de la manera en que se otorgan recursos raros a fines alternativos.” Contrariamente al punto de vista de Polanyi y de la escuela de la regulación, la regulación del mercado no es un correctivo para su desarrollo desordenado, sino su institución. ¿Por qué este cambio drástico de punto de vista? Porque lo que hay que tomar en cuenta es un problema relativamente descuidado por la economía: el problema de la innovación. Si existe innovación, si se crea algo nuevo, si se descubren nuevas formas de productividad, “todo esto no es sino el resultado del conjunto de inversiones que se han hecho a nivel del hombre mismo.” Una política de crecimiento no puede indexarse simplemente al problema de la inversión material, del capital físico, por una parte, y del número de trabajadores multiplicado por las horas de trabajo, por el otro. Lo que hay que modificar es el nivel y el contenido del capital humano y, para actuar en este “capital”, es necesario movilizar toda una multiplicidad de dispositivos, solicitar, incitar, invertir la “vida”. Foucault recalifica la Biopolítica como una política de la “sociedad” y no ya solamente como “regulación de la raza” (Agamben) en donde una serie de dispositivos heterogéneos interviene en el conjunto de condiciones de la vida, buscando la

constitución de la subjetividad solicitando elecciones, decisiones de los individuos. En este sentido, el poder es “acción en posibles acciones”, intervención en los acontecimientos. “Se tiene (...) la imagen de la idea o el tema-programa de una sociedad donde habrá optimización de los sistemas de diferencia, en la que se dejaría campo libre a los procesos oscilatorios, en la que se concederá tolerancia a los individuos y a las prácticas minoritarias, en la que habrá una acción no ya en los jugadores, sino en las reglas del juego y, por último, en la que habrá una intervención que no sería del tipo de la sujeción interna de los individuos, sino una intervención de tipo medioambiental.” Los dispositivos de seguridad definirán un marco bastante “laxo” (ya que, precisamente, se trata de la acción en los posibles) dentro del cual, por una parte, el individuo podrá ejercer sus “libres” decisiones en posibles determinados por otros y en cuyo seno, por la otra, será lo suficientemente flexible, gobernable, para responder a los azares de las modificaciones de su medio, como lo requiere la situación de innovación permanente de nuestras sociedades. Al leer estos cursos se podría creer que Foucault está fascinado por el liberalismo. Lo que le interesa en el liberalismo es en realidad una política de la multiplicidad. El manejo del poder como manejo de la multiplicidad. Estos textos telúricos, en los que se ve funcionar los circuitos cerebrales de Foucault, con sus conexiones y disyunciones sinápticas abruptas, parecen invitarnos a considerar el poder no como algo que es, sino como algo que se hace (¡y que también se deshace!). Lo que existe no es el poder, sino el poder en el momento de hacerse, dependiendo directamente de los acontecimientos, a través de una multiplicidad de dispositivos, arreglos, leyes, decisiones, que no son un proyecto racional y preconcebido (“un plan”), sino que pueden hacer un sistema, una totalidad. Un sistema y una totalidad siempre contingentes. Si bien es cierto que la filosofía francesa es desde hace tiempo, en sus evoluciones más interesantes, una filosofía de la multiplicidad, es cierto que la política francesa es, desde hace aún más tiempo, una política de la totalidad, del uno, de la unidad. Es aquí donde la derecha y la izquierda (marxista y socialista) francesas se unen. Recientemente pudimos confirmarlo con la campaña para el referendo sobre Europa. La noche de los

resultados, la derecha y la izquierda se abrigaron en el todo “tranquilizador” de la Nación, del cual, en el fondo, jamás habían salido, pero también, y esa misma noche, lanzaron un llamamiento a otro todo, ineficaz y también tranquilizador, para resolver el problema del desempleo: el empleo (el trabajo reducido a su forma de empleo). La política de la totalidad no conoce el “afuera”. La impotencia de quienes votaron por el “sí”, y de quienes votaron por el “no” remite a una misma imposibilidad: la de pensar y practicar una política de la multiplicidad que pasa al exterior de todos los “todos” sustanciados: trabajo, mercado, Estado, nación.

Maurizio LAZZARATO

Sociólogo independiente y filósofo, vive y trabaja en París, donde realiza investigaciones sobre el trabajo inmaterial, la fragmentación del sector de los asalariados, la ontología del trabajo, el capitalismo cognitivo y los movimientos “postsocialistas”. También escribe sobre cine, video y nuevas tecnologías de producción de imágenes. Después de haber colaborado regularmente con la revista *Futur antérieur*, es uno de los fundadores de la revista *Multitudes*, de cuyo comité de redacción es miembro.

Traducción de Eréndira Reyes (CPTI-IFAL)